



INTRODUCCIÓN



*«No te protejas en la batalla al resguardo
de los escudos, cuando las armas van a chocar.
Mantén alto en la batalla lo que el yelmo
contiene, cuando el hielo de la valquiria va
al encuentro de la cabeza de los hombres».*

HARALD HALDRADA
Gran Caudillo Vikingo

GRANJA DE DRANGAR SUR DE ISLANDIA, AÑO 981

Del frondoso bosque de coníferas, cuyas ramas aparecían cubiertas por un manto de blanca nieve, apareció un hombre enjaezado para el combate, montado en su negra cabalgadura y escoltado por una razia vikinga compuesta por una docena de curtidos guerreros sobre briosos sementales. Uno de ellos traía prendido de la punta de una lanza un llamativo estandarte, símbolo del linaje al que pertenecían. El jefe vestía con orgullo su magnífica cota de malla, fabricada con anillos metálicos finos, a modo de eslabones circulares, martilleada y aplanada casi a la perfección por el mejor artesano de *Eiriksstadir*, sellada con remaches y provista con un excelente acolchado en la parte posterior. Un escudo redondo, fabricado con tablones de madera noble, unidos por un borde metálico con forma circular y remachado, bailaba al son del galope del bravo corcel. La parte frontal del escudo iba cubierta con cuero pesado para ofrecer mayor protección, signo inequívoco de su alcurnia. Su reluciente yelmo puntiagudo, fraguado en hierro, pulido una y mil veces, arrancaba des-

tellos al Sol de medianoche y le protegía los ojos y la nariz. En su cinto había una daga de doble filo de más de cuarenta centímetros y una poderosa espada de ancha hoja, fraguada a la antigua, con barras de hierro calentadas en bloques de carbón vegetal que, al fusionarse, se transformaban en noble acero.

Su hoja estaba forjada y reforjada, formando una mezcla arremolinada de bello diseño entrelazado, con estrecha empuñadura adornada con motivos francos. El jinete, con su larga barba y pelo rojo al viento, impertérrito rostro y manos nervudas de largos dedos, espoleó los ijares de su cabalgadura seguido en abanico por su mesnada y se dirigió luego hacia las mismas puertas de la granja de Drangar. Situada en un pequeño claro a escasos metros de la espesa arboleda, estaba rodeada de tierras de cultivo. Cuando el hombre de tupida barba roja alzó la mano ante la puerta de la granja, la razia vikinga detuvo sus cabalgaduras detrás de él y adoptó la posición de *fyllking*, alineación en forma de cuña. El jefe, desde lo alto de su brava montura, bramó con potente voz para poder ser escuchado por los habitantes de la vivienda.

—¡Thorgest el de *Breidabolstad*! ¡Sal! —exigió con recia dicción cargada de ira—. ¡He venido a por lo que es mío! ¡Quiero el cofre que contiene las tablas de mi sitial! —gritaba, intentando calmar a un tiempo a su nerviosa montura—. ¡Sal de una vez, maldito hijo de perra! —Erik apretó furioso la mandíbula, mirando desde lo alto de su cabalgadura el interior de la granja. Uno de sus guerreros se le aproximó, tomó por el astil su enorme hacha, que descansaba sobre la montura, y mientras se cambiaba las riendas de mano se dirigió a Erik con voz grave. Era Thorbrand, uno de sus lugartenientes, un hombre enorme con brazos potentes, larga y negra melena que le sobresalía por su yelmo cónico de hierro y poblada barba adornada con multitud de trenzas.

—Ese cobarde de Thorgest lo único que entiende es el frío hielo de las *valquirias* —dijo a Erik mientras exhibía su descomunal hacha de doble filo—. Permíteme que sea yo quien recupere las tablas de tu sitial y el tesoro que guarda tu cofre.

—¡No, Thorbrand! —atajó Erik, cogiéndole con fuerza del brazo derecho—. Calma, querido amigo... —habló con una agradecida sonrisa en sus labios—. No deseo que esta disputa se convierta en una cruenta batalla, y se derrame inútilmente la sangre de ninguno de mis parientes, ni tampoco ni de mis amigos... —apuntaba con la cabeza, obligado por el gesto de su amigo, mientras dedicaba una mirada a los componentes

de la razia que lo escoltaba—. Antes de que el choque de los aceros sea inevitable, debemos escuchar la fuerza de sus palabras.

—¡Pero Erik!, amigo —objetó Thorbrand, tratando de disuadirlo.

—Te conozco bien —los ojos de Erik mostraban ternura, pese al inminente peligro que corrían—, y sé que mantienes alto lo que el yelmo contiene cuando te encuentras en el fragor de la batalla —expresó con orgullo—. Por eso mismo no quiero que nada suceda si no resulta ineludible.

El ruido de cascos de caballos procedentes del interior de la granja alertó a Thorbrand.

—¡Cuidado! —avisó Thorbrand, señalando con su hacha hacia las puertas de la granja—. Se aproxima una mesnada a lomos de jamelgos... Al frente vienen dos de los hijos de Thorgest —señaló, intentando dominar una montura que piafaba perturbada—. Sabía que era un vil cobarde —expresó con evidente desprecio—. Nos envía a sus hijos en lugar de venir él en persona —emitió una sonora carcajada después de escupir sobre la tierra helada, provocando que el resto de sus amigos lo acompañaran con escandalosas risotadas—. Espero que *Hel* lo acoja pronto en su morada.

Una nueva razia vikinga, procedente de la granja y armada hasta los dientes, se detuvo fuera de la empalizada, frente a Erik y su amigo Thorbrand. Dos de los jinetes avanzaron unos metros y descabalaron. Erik y Thorbrand realizaron la misma acción, y los cuatro guerreros escandinavos se hallaron cara a cara en medio de ambos grupos.

—No veo a Thorgest el de *Breidabolstad*. ¿Acaso vienes a hablar en su nombre? —preguntó Erik a uno de los jinetes de hirsuta barba, mirándolo por encima del hombro.

—Mi nombre es Thorgestson —le contestó arrogantemente quien parecía ser el jefe de la mesnada. Era, con diferencia, el más alto de los suyos, un gigante comparable a Thorbrand, y ambos se midieron con la glacial mirada.

—Te conozco, pero no es contigo con quien he venido a hablar —dijo con voz sosegada mientras torcía la cabeza—. Ve y dile a tu padre que Erik *El Rojo* esperará pacientemente frente a su granja a que se le entregue su sitio, pero sólo hasta que las bestias se apacienten y se abreen. —indicó, amenazante, con un brillo de furia en su mirada—. Una vez saciadas, entraré a por lo que es mío, si es que no me ha sido entregado antes.

—Mis hombres y yo os lo impediremos... —advirtió Thorgestson desdeñosamente, con la mano sobre la empuñadura de su espada y una sonrisa despectiva en su rostro—. No tienes nada que hacer aquí, Erik. Tú y los tuyos debéis abandonar las tierras de mi padre ahora —insistió con firmeza. Su tono no admitía dudas acerca de sus intenciones—. Y debéis hacerlo antes de que el frío de la noche congele vuestras apestosas barbas.

Thorbrand se adelantó dos pasos decididamente, con su hacha en ristre hacia el alto Thorgestson, con la intención de responder a la provocación, pero Erik, una vez más, lo aferró fuertemente por el codo, deteniendo su avance. Thorbrand escupió en el suelo junto a los pies de Thorgestson. Después se desafiaron nuevamente con la mirada unos instantes hasta que Erik volvió a hablar en tono amenazante.

—Yo ya he hablado... —tomó las riendas de su montura con una mano, mientras la otra la dejaba caer cerca de la empuñadura de su espada de hoja ancha—. Cuando las bestias se harten, haré contigo y con tu padre lo que hice con Eyjolf Saur... —frunció aún más el ceño y continuó—. Mis hombres montarán a todas vuestras siervas y mujeres, incendiarán vuestras cosechas y vuestra granja y degollaré a vuestros criados. —amenazaba escupiendo las palabras—. Luego, después de ensartaros con mi espada, cogeré el cofre con las tablas de mi sitio y me iré de aquí... —las estentóreas carcajadas de sus hombres hicieron que se detuviera unos instantes—. ¡Ahora ve! —gritó rabioso—. ¡Y dile eso a tu padre!

Pero el hijo de Thorgest no se amedrentó lo más mínimo; muy al contrario, las palabras de Erik lo encolerizaron más si cabe de lo que ya estaba.

—Será después de que pruebes el frío de mi acero y tu cabeza adorne la entrada de la granja de mi padre —profirió, despectivo, a la vez que desenvainaba su arma, dando pruebas de que el enfrentamiento resultaba inevitable.

Erik, su amigo Thorbrand y el resto de sus guerreros, desnudaron al unísono sus aceros y blandieron con decisión sus hachas. Los hombres enviados por Thorgest, con sus hijos al frente, hicieron lo propio. El choque de los aceros era ineludible. Los hombres que iban a pie habían dejado sus escudos olvidados en sus briosas monturas, pero para Erik eso era lo que menos importaba, pese a que para un vikingo luchar sin su escudo era como estar desnudo. Sólo una idea, fija en su mente, guiaba su

poderoso brazo, pues debía recuperar el cofre que había prestado y no le importaba destripar o morir a hierro con tal de recuperar lo que era suyo; es más, si caía luchando, sería un honor. El griterío de los guerreros era ensordecedor, mientras el ruido de los aceros arrancaba un estruendo metálico que helaba la sangre.

La brutalidad y salvajismo del combate de las razias vikingas resultaba espeluznante, ya que la locura se había desatado y el olor a sangre animaba a los bandos contendientes a continuar su orgía de muerte. Los mandobles de hachas y espadas se sucedían sin tregua, entre continuos jadeos e imprecaciones, salpicando de sangre los yelmos y caras de los verdugos. Los cuerpos caían al suelo mutilados salvajemente, unos sin manos, cabezas o brazos, como si un ser de ultratumba se hubiera entretenido en descuartizarlos. Erik abatió a uno de los hijos de Thorgest; le había cortado el cuello con un potente mandoble de su espada, ahora teñida por la roja sangre de su adversario. Así, la cabeza del desgraciado rodó unos metros hasta que finalmente detuvo su camino; sus ojos estaban abiertos y parecía que su boca escupía maldiciones, pero su voz no llegó a los oídos de nadie. Mientras tanto, su amigo Thorbrand clavaba su hacha en los genitales del segundo de los hijos de Thorgest. La ferocidad del ataque de los guerreros de Erik hizo retroceder a los hombres de Thorgest, que vieron cómo los hijos de éste yacían sin vida en el frío suelo de Drangar, frente a las puertas de la granja de su pariente. Erik, sabiéndose vencedor del feroz combate, alzó su brazo con su espada empapada de sangre que resbalaba sobre su mano, y lanzó un alarido triunfal. No quería más muertes; recuperaría el cofre con las tablas y partiría hacia la Isla de los Bueyes, a *Eiriksstadir*.